

VIII

Atlántico, á bordo del Vapor «City of Rome» Junio 28 de 1888.

Sr. Director de "El Pueblo Católico."

Leon.

Muy querido amigo:

Antes de llegar á Nueva York me prometo concluir esta, para dejar terminado el itinerario cuya crónica me propuse formar para "El Pueblo," obsequiando sus deseos.

LLEGADA A ROMA

Cerca de las ocho de la noche ó sea de la tarde, porque todavía habia luz vespertina, despues de diez horas de atravesar el jardin continuado que media entre Nápoles y Roma, llegamos á esta capital del mundo, despues de un largo mes de fatigoso camino. Como á tres leguas de distancia pudimos ver distintamente la gran cúpula de San Pedro y los edificios más prominentes, un sentimiento de felicidad, de incredulidad sobre lo que pasa, de noble orgullo, de no sé qué se apodera del alma al llegar á la Ciudad por antonomasia, á la Ciudad Eterna. Allí donde se levantan los monumentos más gloriosos de los triunfos del cristianismo sobre el paganismo, de la verdad sobre el error, de la civilizacion contra la barbarie. Allí donde está la piedra fundamental sobre la que Jesucristo levantó el edificio de su Iglesia. Allí donde la reina de las naciones en otro tiempo, dominaba al mundo, desde don-

de hoy el gran Leon XIII, impera sobre todos los verdaderos creyentes del pueblo católico. Embriagados de gozo y dominados por estos pensamientos, al acercarnos un poco más, no pudimos ménos de exclamar

Coelestis Urbs Jerusalem,

Beata pacis visio,

Quae celsa de vivéntibus

Saxis ad astra tolleris...

Saludamos igualmente á los Stos. Apóstoles Pedro y Pablo y á la gran multitud de santos romanos, recitando algunas oraciones los que ibamos en un mismo wagon, y á poco llegamos á la basta y elegante Estacion del ferrocarril.

Alli nos esperaba el Sr. Cónsul mexicano D. Enrique Angelini con su apreciable esposa é hijos; la Sra. Condesa de Miramon D.^a Concepcion Lombardo y la Srita. Guadalupe, su hija, el Sr. D. Natal Pesado inteligente artista mexicano, hijo del célebre poeta D. J. Joaquín Pesado y su esposa con otros mexicanos residentes en Roma y otras personas convidadas por el Sr. Angelini, que hablaban español.

Todo estaba previsto por el amigo de los mexicanos, todo estaba perfectamente arreglado, y con el auxilio de las personas mencionadas, fueron instalados los peregrinos en los hoteles casas y habitaciones particulares, sin tener por de pronto que hacer pago ni arreglo alguno. Una boleta impresa que se dió á cada individuo lo explicaba todo.

AL DIA SIGUIENTE.

El sábado doce de Mayo amanecemos reconociendo la situacion local que guardábamos en la basta Ro-

ma. El Sr. Angelini habia tenido la fina atencion de colocarnos, á mis compañeros de Leon y á mí, en la entrada de la Plaza de S. Pedro, á poca distancia de la Basilica y en casa de la buena familia Sartori, *via Borgo Vecchio*, n.º 70, donde vive el Sr. Canónigo de la Basilica, Dr. D. Félix Valerga, quien desde luego se constituyó nuestro guía y compañero; ¡Cuántos servicios debemos á este excelente amigo!

En le trascurso del dia recibimos todos la tarjeta por la que se daba permiso á los peregrinos mexicanos para asistir el dia siguiente á la Misa del Sto. Padre, á la audiencia del mismo el lunes, y para visitar el Palacio y la Exposicion Vaticana.

Nada de condiciones: todas las de traje, ceremonial y demás requisitos, se dispensan á los mexicanos. El domingo siguiente á las siete y media entrábamos al Vaticano, presentando á los guardias suizos la tarjeta, á favor de la cual pudieron entrar tambien muchos romanos ó italianos de otras ciudades, que no habian podido ver al Papa ni asistir á su misa hacia mucho tiempo.

La gran Puerta de Bronce es la principal entrada del Vaticano; de ella pasamos á la Escalera Real, magnífica y espaciosa escalera de mármol, cubierta por una bóveda arcezonada, sostenida por columnas jónicas. Despues de posar varios estados ó descansos, entramos á un elegante patio donde los guardias palatinos, de uniforme encarnado, media y chinela, y sombrero de dos picos nos indicaban la entrada á

LA CAPILLA SIXTINA.

Estábamos pues en la Capilla Sixtina, la más importante del Vaticano, tanto por las pinturas que la deco-

ran, como por ser en la que tienen lugar las funciones en que oficia el Papa.

El Sr. Angelini indicaba á los mexicanos el lugar que debian ocupar, que era el derecho del templo, mientras que otra peregrinación alemana que habia llegado á Roma ántes, ocupaba la izquierda.

El único altar de la suntuosa Capilla, está formado de un docel de terciopelo rojo con adornos de oro; de bajoun crucifijo de talla, y una mesa de altar con seis gruesas velas. El presbiterio es muy amplio, un poco más elevado que el cuerpo de la iglesia, y separado por una balaustrada de mármol. La sencillez del altar da lugar á fijarse en las pinturas de tamaño natural que se ven sobre él cubriendo todo el muro principal. Son los celebrados frescos de Miguel Angel, representando el Juicio final, obra en la que el gran pintor trabajó exclusivamente durante seis años, y que hoy, á pesar de estar algo enegrecida por el tiempo, pues fué concluida en 1541, aún causa la admiracion del mundo. Los muros laterales están cubiertos igualmente por frescos de diversos autores; todos de grande fama, que representan pasajes bíblicos.

EL PAPA.

Esta mirada rápida era lo único que nos permitia la ansiedad con que estábamos de ver entrar al St. Leon XIII.

Ah! Ibamos á conocer personalmente al hombre más célebre de nuestros tiempos; al sábio más completo, al Santo Pontífice, ante quien hoy doblan la rodilla hasta los grandes potentados de la tierra, al Prisionero del Vaticano, al Vicario de Jesucristo.

La hora se acercaba, y cada vez que se habria la puerta situada á la izquierda del altar, por donde se debia entrar, se producía un movimiento general en la ya numerosa concurrencia que llenaba el recinto. Por fin sonaron las ocho, y dos soldados suizos de los que custodiaban, se pusieron en guardia fuera de la balaustrada, de pié, inmóviles y con sus relucientes armas de forma antigua llamadas alabardas.

Abrióse luego la puerta, y despues de otros guardias suizos que fueron entrando pausadamente, apareció toda la guardia noble de S. S., con su uniforme especial; en seguida el Duque de Alba, caballero de capa y espada, asistente al Solio Pontificio; despues los Monseñores Camareros secretos del Sto. Padre, y por fin, el Señor LEON XIII.

¡El era! Los buenos retratos que conocemos, á pesar de que hace mucho tiempo que se sacaron, pues no se presta á retratarse si no es cada año para la medalla conmemorativa del hecho más notable del Papa en ese año, á pesar de eso, los retratos que vemos, son muy parecidos. Entró con el más grande recogimiento, los Ilmos. Sres. Portillo y Montes de Oca, lo recibieron en la entrada, postrándose y besándole la mano, y fué á ponerse de rodillas en un reclinatorio frente al altar.

¡Anciano venerando! Personificación de la gran fuerza moral en el mundo! Mientras que miles de satánicos secuaces están maquinando tu ruina, tú, tranquilo en la palabra omnipotente que te sostiene, vas á ofrecer el augusto sacrificio por todo el mundo, aun por esos hombres á quienes ves como tus ovejas separadas del redil! Dichosos nosotros los peregrinos mexicanos, por quienes especialmente iba á aplicar el augusto Sacrificio.

LA MISA.

Despues de algunos minutos que permaneció orando, se puso de pié, é inmediatamente los Camareros lo revistieron en el mismo lugar, concluyendo por vestirle una rica casulla de blanco y oro.

El Santo Padre tiene la voz debilitada por la edad y por las fatigas que le ha ocasionado su Jubileo, pero el fervor de su devocion lo hacia esforzarse y dejar oír su voz sonora por todo el templo. ¡Cuánta unción, cuánta ternura en sus súplicas, y qué exactitud en sus movimientos y en todas las ceremonias! Yo no sé por qué los periódicos dijeron que la Misa Jubilar del Papa habia durado 25 minutos. No es larga su misa, pero tampoco es corta, y sin dar la comunión, no puede bajar de 30 á 32 minutos. En esta vez duró más, porque, quebrantando las reglas del caso en favor de los mexicanos, en vez de dar la comunión á solo ocho personas, la dió á 14, sujetando á los alemanes á la regla, pues solo la dió á 8 ó 10.

Concluida la misa rezó, puesto de rodillas frente al altar, las tres Ave Marias y oraciones que él tiene mandadas. Yo no sé lo que pasó al oír la emocionada voz del Papa: yo sentí embargada la garganta, volví la cara á ver los semblantes de otras personas y las hallé con los ojos llenos de lágrimas; he preguntado despues á varias personas, y todos dicen que la voz y el ademan fervoroso y suplicante del Santo Padre las conmovió profundamente.

Se retiró á su sitial despues de habérsele quitado los ornamentos, é inmediatamente salió uno de los Prelados domésticos á decir la Misa en la que S. S. dá gracias.

El principio de esta Misa hasta el Introito no fué en el lugar acostumbrado, sino junto al altar, abajo del lado de la Epistola y estando el sacerdote de frente al Santo Padre. Todo el tiempo de la Misa lo pasó el Papa de rodillas y al terminar, fué conducido al medio del altar donde entonó el *Adjutorium nostrum in Nomine Domini*, y dió solemnemente la bendición á los circunstantes.

PREPARATIVOS.

La Plaza Rusticucci contigua á la de S. Pedro y las calles adyacentes á ambas, están llenas de tiendas de objetos piadosos que tienen mucho consumo, especialmente desde que se inauguraron las peregrinaciones del Jubileo. En todas ellas se veían mexicanos comprando rosarios, medallas, crucifijos, pequeñas estatuas etc, para presentarlos al día siguiente en el momento que S. S. les diera su bendición. *Tutti messicani*, decían admirados los romanos; *oh, il Messico troppo lontano* [*]

Diré de paso que los romanos son con los que más hemos simpatizado. El color, el tipo, el carácter jovial y comunativo, la mucha semejanza de los idiomas; todo tiende á asimilarnos y á confrontar perfectamente.

En la tarde de ese día hubo una junta en el Colegio Pio Latino, presidido por el Ilmo. Sr. Portillo, para tomar nota de las delegaciones que debían presentarse á nombre de sus respectivas Diócesis. Con excepcion de una ó dos, todas las Diócesis mexicanas estaban representadas. Lo estaban tambien en la peregrina-

[*] Todos son mexicanos. Oh, México está muy lejos

ción todas las clases de la sociedad; la eclesiástica por dos Obispos, un Vicario Capitular, dos Vicarios generales, seis Canónigos, quince Curas y otros muchos sacerdotes del clero regular y secular. La clase secular por diez abogados, algunos de ellos, de primera nota, dos médicos, dos ingenieros, varios literatos, hacendados, comerciantes, artesanos y señoras de todas condiciones, entre ellas la apreciable Sra. de Miramon que iba á concurrir con la Srta. su hija; así como otros mexicanos radicados en Roma. Estaba representada además la prensa católica de México, Puebla, Guadalajara, Durango y Leon; lo estaba la Sociedad Católica y otras piadosas asociaciones. Por último, la raza mexicana de sangre pura, estaba representada en la indígena chilapeña de que hablé en mi primera carta, y de quien han hecho mucho mérito los periódicos romanos.

LA AUDIENCIA.

El memorable día 14 de Mayo habia amanecido, y á las diez de la mañana, hora de la cita, estábamos reunidos en los corredores contiguos á la sala de audiencia. Esta era la gran Sala del Consistorio, la de las solemnes recepciones, nuevo honor á México, pues el domingo anterior habia sido recibida una peregrinacion alemana en la segunda sala llamada de Rafael.

Llegada la hora, se abrió una puerta que comunica con las habitaciones del Papa, y que tiene tránsito libre hasta el trono, entraron algunos miembros de la Guardia de Honor, otros de la Cámara Secreta, en seguida los Eminentísimos Señores Cardenales Ledochowski, Laurenzi, Mertel, Masotti, Cristofori y Pallotti, y en seguida el Sto. Padre.

¡Viva Su Santidad el Sr. Leon XIII! ¡Viva el Papa Rey!! Tales fueron las saluciones que se hicieron á Su Santidad al entrar, y miéntras se colocaba en su sitial. A ellas contestó con un signo de agradecimiento y con una sonrisa benévola.

En seguida el Illmo. Sr. Portillo, Director de la Peregrinacion, le dirigió la alocucion que ya debe ser bien conocida. A medida que esta avanzaba, el Sto. Padre manifestaba estar más conmovido, y cuando tuvo que hablar, necesitó detenerse un poco para estar bien sereno.

A la gran distancia á que nos encontramos, no he podido ver aún lo que los periódicos mexicanos habrán dicho sobre el discurso del Papa. He visto, sí, los periódicos católicos romanos; pero ¡qué superficialmente hablan de un hecho tan notorio!

Ah, no son mexicanos! Pero, ¿cómo no hacer mérito del acento todo paternal y cariñoso que dió á sus palabras Su Santidad? Era preciso estar en nuestra situacion, para sentir todo el efecto de esas palabras dichas con tono entusiasta, á la vez que afectuoso y compasivo:

"Vuestra presencia, mis amados hijos, es por sí sola un solemne testimonio de vuestra fé; solo un sentimiento vivo y profundo de devoción sincera á la Sede Apostólica, y de firme adhesión al Vicario de Jesucristo, podía induciros á atravesar los mares y á afrontar las incomodidades y peligros de un tan largo viaje." Era necesario ser mexicano, y haber tenido la amargura de oír negar la autenticidad de la maravillosa imagen de Nuestra Patrona nacional, para sentir la dulce emocion que experimentamos cuando el Vicario de Jesucristo nos decia: «Entre los monu-

mentos sagrados de vuestra piedad, Nos es grato mencionar el famoso Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, en donde la augustísima Virgen, venerada con especial culto por el pueblo mexicano, parece tener en su dulce tutela y custodiar amorosamente vuestra Patria, á la sombra de su poderoso Patrocinio." Era preciso en fin, haber oído todo ese precioso discurso y penetrarse de todo el valor que le daba la insinuante palabra, la elocuencia cariñosa, por decirlo así, con que fué pronunciado.

Al terminar el discurso siguió la escena más conmovedora. Había hablado á todos en general, no estaba satisfecho; debía decir á cada uno alguna palabra de cariño y hacernos una caricia paternal. Así lo hizo, sin exceptuar á nadie, á pesar de ser los peregrinos más de doscientos. El recibía las ofrendas que se le presentaban, daba á besar la derecha, estrechaba entre sus dos manos la cabeza y aun hacia una caricia en la cara al feliz peregrino mexicano, que por mucho que se prometiera no podía imaginarse tantá dicha.

Traigo en mi cartera la tarjeta de un italiano excelente, que en buen castellano me dijo: "Esto es admirable! Siempre procuro asistir á estas recepciones, y jamás había visto una predilección semejante."

Yo debía haber presentado la Imágen de nuestra augusta Patrona Diocesana, en un estandarte, pero el Sr. Angelini no recibió la carta de nuestro Illmo. Prelado en la que le encargaba tuviese preparado dicho estandarte, y por falta de tiempo, fué preciso presentarla en el solo lienzo. El Illmo. Sr. Portillo me presentó por mi nombre y representación, agregando que aquella era una copia de la original Patrona de Leon:

yo dije el título de la Sta. Imágen, me dió las gracias el Sto. Padre al recibirla, y bajé á recibir la medalla conmemorativa del Jubileo que se distribuía á los peregrinos.

¿Qué mas podíamos apetecer? Acaso estábamos satisfechos, pero no lo estaba el paternal corazón de Su Santidad. Debía dirigirnos sus palabras más tiernas, sus bendiciones y sus votos más fervientes. El quiso que esa bendición que tan de todo corazón nos daba, se hiciese extensiva á todos los fieles que afectuosamente y con el corazón y sus oraciones nos acompañaban, dando facultad á los eclesiásticos para impartirla á su nombre, á aquellos sobre quienes tuviesen eclesiástica jurisdicción.

CONCLUSION.

Nuestra misión estaba concluida y estábamos plenamente satisfechos. Si en esos momentos hubiera sido preciso emprender la marcha de regreso, no nos habría costado gran sacrificio, después de tan gratas satisfacciones. Pero no: estábamos en Roma, en la Ciudad Eterna, junto á la Tumba de los Apóstoles, como nos había dicho en su discurso el Sto. Padre, y preciso era visitar los Stos. Lugares que encierra la Ciudad y las venerandas reliquias de sus suntuosos templos y los monumentos de la antigua y de la moderna Roma. Más aún: estábamos cerca de la bendita casa de Nazaret, depositada por los ángeles en Loreto, cerca de Assis, donde vivió un serafín humano; á poca distancia de Lourdes, cuyas rocas tocó aquella planta virginal que holló la cabeza de la infernal serpiente. Estábamos por fin en Europa, cerca de las naciones más famosas del mundo, y cada uno de los peregrinos apro-

vechó estas oportunidades como convino á sus deberes é intereses particulares.

*

Para terminar y dar cumplimiento al encargo que V, querido amigo, se sirvió hacerme de estas cartas, acaso agregue otras sobre la Exposición y sobre noticias de Roma y de los puntos que á nuestro regreso hemos tocado. Debiendo ahora solo agregar que los objetos que llevó la Peregrinación mexicana para obsequiar al Papa, entre los que figuraban los que remitió el Sr. D. Eraclio Jimenez y los estandartes de alguna diócesis, no pudieron sacarse oportunamente de la Aduana, para presentarlos en la audiencia; pero que después fueron presentados á S. S. y figuraban en la sección de México en la Exposición Vaticana.

Adios, querido amigo, mientras tengo el gusto de verlo.

J. M. V.

P. S.—Al llegar á Nueva York, de donde remito esta, me he encontrado con la terrible noticia de la catástrofe de la inundación acaecida á nuestra querida ciudad de Leon.

Es indescriptible el abatimiento y angustia que nos ha sobrecegado. Pero debemos aceptar el golpe, como, por favor de Dios, le habíamos ofrecido todos los sacrificios que nos exigiera en nuestra peregrinación, aun el de nuestra vida! Querriamos volar, unos, como el Sr. Tinoco, á abrazar á su familia, salvada milagrosamente, segun hemos sabido, y otros á compartir las penas con nuestros conciudadanos. Pero aún tardaremos en llegar, diez ó doce días!

Adición á la Carta anterior.

CON EL TÍTULO DE "FRAGMENTOS," SE PUBLICÓ
EN "EL PUEBLO CATÓLICO" DEL 17 DE JUNIO
DE 1888 LO SIGUIENTE:

De una carta escrita en Roma el 15 del pasado, y dirigida á uno de nuestros más apreciables amigos, tomamos los siguientes párrafos:

"Hoy hace cinco días que estamos en Roma y debo decirle á Vd. que el Sr. Angelini se ha declarado el protector y como padre de los mexicanos, fué con el Ilmo Sr. Montes de Oca á recibirnos á Nápoles, nos allanó todas las dificultades y despues de dejarnos instalados, vino á esta ciudad á arreglarlo todo. Nos recibió en la estacion acompañado de su esposa y de varios mexicanos, entre ellos la Sra. Viuda del General Miramon, y nos dió boletos para alojamiento entre los que habia gratuitos para los más pobres.

El domingo anterior asistimos á la Misa del Sumo Pontífice, en la suntuosa capilla Sixtina, donde por primera vez, vimos al Papa, y á la que asistieron otras muchas personas que siendo de aquí, no les ha cabido tanta honra. El Papa infunde devocion y respeto con sola su presencia; pero en la Misa se persuade uno de que asiste á la Misa dicha por un santo; ¡qué piedad, qué recogimiento, qué uncion, aun rezando las tres Ave-Marias salve y oraciones del fin! Al rezar estas, se conmovió mucho, é hizo que todos nos conmoviéramos hasta las lágrimas. Despues de la Misa de accion de gracias, en la que el Pontífice estuvo de rodillas, dió la bendiccion papal.

Parece que el Papa tenia ansia de vernos, y dispuso

que luego, al dia siguiente á las diez, fuera nuestra recepcion. Nos proveimos de la ropa más indispensable, de rosarios, cruces, etc, para la bendiccion, y el dia, y á la hora citados, atravesábamos los soberbios salones del Vaticano hasta llegar á la Sala del Consistorio, decorada con pinturas clásicas donde fué la audiencia.

Esta vez, el Papa no vestia capa ó manteo y bonete encarnados como cuando entró á la Capilla Sixtina, sino solo sotana y capelo blancos, con solideo encarnado, pues la sala está próxima á sus habitaciones. Al entrar, los peregrinos gritaron por tres veces: ¡Viva el Papa Rey! Se sentó con los cardenales que le acompañaban, se paró el Ilmo Sr. Portillo, dijo su discurso, lo contestó el Papa, y despues recibió á cada uno de los peregrinos en particular. Todo esto debe saberse ya; lo que tal vez no se ha dicho es el entusiasmo con que pronuncio el Sto. Padre su alocucion y la gran dulzura con que dirigiéndose á nosotros nos decia: "*Miei charissimi figli.*"

Concluida la alocucion, el Secretario de la Junta Directiva de la Peregrinacion empezó á llamar por Diócesis, y fueron la de México y Puebla. Viendo que se demoraba mucho la llegada, por no estar organizados los grupos, entramos indistintamente.

Para los mexicanos se dispensaron todas las ceremonias acostumbradas. El Sr. Portillo informaba del título del peregrino si lo tenia, este se hincaba frente al Papa que estaba sentado, le besaba las manos, y el Sto. Padre tomaba entre sus manos la cabeza, hacia una caricia con ambas manos, diciendo algunas palabras de bendiccion, de ternura ó de compasion, presentaba uno la ofrenda que llevaba, y que recibia con es-

pectal complacencia, y al pasar al otro lado, bajando las gradas del trono, se nos daba una medalla de plata conmemorativa del Jubileo.

Varios romanos que presenciaron nuestra recepcion estaban asombrados de ver lo que hacia el Papa con nosotros. *Non fecit taliter omni nationi.*

Generalmente los mexicanos hemos caido en gracia con los romanos: basta saber que uno es mexicano, y se nos abren todas las puertas; hoy, que fui á la Exposicion olvidando mi tarjeta, bastó decir que era mexicano, para que los adustos guardias palatinos me dejaran entrar con agrado.

Salimos de la audiencia y fuimos á retratarnos en grupo, con excepcion de pocos que no parecieron, y seguimos en cuerpo visitando lo más notable.

México no figura ventajosamente, ni con mucho, en la Exposicion; pero en cambio el Papa ha agradecido mucho las sumas que se le han remitido, ó que le han presentado los peregrinos y tenia especial empeño en la peregrinacion mexicana segun dijo el Cardenal Srio. al Sr. Angelini en un papel que vi, recomendándole de parte del Sto. Padre la activara.



DISCURSO

DEL ILLMO. SR. OBISPO DE CHILAPA, DON

BUENAVENTURA PORTILLO,

PRESIDENTE DE LA PEREGRINACION MEXICANA,

DIRIGIDO A NUESTRO SANTISIMO

PADRE EL SR. LEON XIII.

"Beatísimo Padre:

Por la infinita bondad de DIOS Nuestro Señor están cumplidos los ardientes votos de la Nacion católica Mexicana, representada aquí y en Vuestra augusta presencia por el mínimo de sus Obispos, que os dirige la palabra, por las delegaciones peculiares de los Illmos. y Rmos. Arzobispos Obispos y Capítulos de las Iglesias Catedrales y Colegiatas; de las VV. Ordenes Regulares, piadosas cofradías, Congregaciones y Asociaciones, de los insignes literatos y periodistas que tan digna y heroicamente sostienen en aquella Nacion la santa causa de la religion, de la Iglesia, del Pontificado y los verdaderos intereses de la sociedad; y estan aquí tambien los representantes del comercio, de todas las clases agricolas, artesanos é industriales de toda aquella católica República, y aun de sus pueblos más humildes y remotos.

Si Bmo. Padre, esta numerosa agrupacion de vuestros más adictos y reverentes hijos, ha separándose de su patria, de sus amantes padres é hijos, de sus amigos y conacionales, poniendo una tregua á sus respectivos negocios y ocupaciones, y superando dificultades cuales